



OCTAVO RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE

“OTROS MUNDOS”

**UNIVERSIDAD POPULAR
AULA DE LITERATURA
JUNIO 2022**

ÍNDICE

UN SER DIMINUTO	Pilar Alcántara	4
LA MISIÓN DE SAZY	Mercedes Pérez Domínguez	5
AHORA SÉ QUIÉN SOY	Belén Gómez	6
ÉBER	Ángela Sayago	7
ILUSTRACIÓN	María Torrecillas	8
EL ÚLTIMO ÁNGEL	Víctor M. Jiménez Andrada	9
LA ADVERTENCIA	Asun Aroca	10
EL SILLÓN DE LA ABUELA	Toni García	11
LA RULETA	Joaquina Campón	12
ILUSTRACIÓN	Pablo Masa	13
UN SUSTO DE MUERTE	José A. García Feria	14
LA RUTA DEL GATO CON BOTAS	Margarita Gozalo	15
FEBRERO DE 2020	María J. Llanos	16
CECAELIA	Blanca Fajardo	17
ILUSTRACIÓN	José Delgado	18
EL DOSSIER	J.C. Santa	19
SOLEÁ	Ángel Rodríguez	20
Y LA TIERRA VOLVERÁ A SER AZUL	Vivi Perales	21
SIN REMEDIO	María Durán	22

UN SER DIMINUTO

Apareció al amanecer. Estaba en el alféizar de mi ventana: un ser diminuto con largos cabellos de colores. Salté de mi cama sumida en un terror indescifrable. No sabía qué clase de pesadilla era aquella que no se acababa por más que intentara despertar. Finalmente, acepté que me encontraba en la terrible realidad y que no había forma de escapar de ella, como siempre ocurre. El ser diminuto me habló. Me dijo que esa noche el planeta se destruiría si no éramos capaces de atrapar los últimos rayos de luna que destilaba el alba. Era una locura, por supuesto. Nadie podía atrapar rayos de luna en ningún recipiente, en ningún contenedor o soporte. Estábamos condenados a desaparecer.

Me puse a temblar.

No sabía qué clase de broma absurda era esa que estaba viviendo. De nuevo, intenté despertarme, pero fue inútil. Todo era real, mi habitación, el cielo estrellado que presagiaba el día, y aquel ser diminuto brincando en el alféizar de mi ventana mientras me daba instrucciones con su voz infantil: «Piensa, piensa, debes atrapar los últimos rayos de luna, es tu última oportunidad». Le pregunté de dónde venía y me contestó que eso no tenía la mayor importancia. Que lo realmente esencial en esos momentos era que pensara en cómo hacer eso que me pedía. A pesar de lo absurdo que era todo, intenté buscar algún modo de cumplir con su deseo. Es entonces cuando saqué mi cuaderno de escritura del cajón de la mesa de madera de roble y me senté en la silla para comenzar a escribir: «Los últimos rayos de luna inundaron la estancia». El ser diminuto se abalanzó sobre el cuaderno y arrancó la hoja llevándosela consigo. «Gracias», dijo. Lo vi volar entre las estrellas. Me froté los ojos, y al abrirlos ya había desaparecido.

Aún no sé si fue o no un sueño, pero el cuaderno de escritura con la hoja arrancada reposa sobre la mesa y la ventana está abierta. Ya luce el sol.

Pilar Alcántara

LA MISIÓN DE SAZY

Está sentada delante de la Asociación de Mujeres, como otras noches. No tiene muchas esperanzas de que la escuchen, pero desde la Aramac le enviaron un mensaje muy claro: es este el colectivo que debe contactar. Por lo visto son ejemplares impresionables y empáticos, tendentes a dejarse llevar por las emociones y solidarios. Supuestamente solo integran su población dos morfologías básicas: machos y hembras. Y otras variaciones que aun están estudiando. Le han dicho que procure no entrar en estos temas: «orientación sexual, razas divergentes, Rusia...» Porque son temas polémicos, dicen sus ayores. Sazywepy (*Sazziúpi*) no comprende, pues en su planeta hay infinidad de razas y «orientaciones sexuales». Se da por sentado que la amalgama de las especies creadas favorece la supervivencia de todos en VÍNCULLA, su mundo. Así es desde que la Gran Estrella les regaló la vida. Y un planeta hermoso parecido a la tierra.

Su misión consiste en advertir a este mundo que una gran ola, provocada a su vez por una gran explosión, (los humanos juegan a algo curioso que llaman «guerra», en la que se autodestruyen), va a arrasarlo el planeta tierra. Un planeta valioso que sus mayores quieren salvar, gracias a los pronósticos del Oráculo. Sazywepy ha alterado su apariencia para que no se asusten antes de escucharla. (Quitando a los no-pensantes que son muy diversos y nobles, pero no tienen voz), los humanos son todos iguales.

Al fin decide entrar. En el vestíbulo se ve reflejada sobre grandes espejos que cuelgan de las paredes y nota que su disfraz no durará mucho tiempo, debe darse prisa. Se dirige hacia la tarima. La atmósfera no le sienta bien y ha sobrepasado el tiempo de que disponía pensando cómo acometer el tema. Además, debe hacer un esfuerzo complejo con todas sus células para mantenerse con la apariencia deseada. Se debilita pensando en lo que le habría gustado llevarse de aquel planeta: una criatura a la que llaman *gato*, para fomentar su cría en su mundo. Interesantes y bellos seres a los que podría llegar a amar.

Al llegar a la tarima se siente sofocada, pero se acerca al equipo de sonido y, mientras posa su mano sobre el micro, repite el mensaje: «Debéis detener la explosión, el mundo quedará destruido... » No alcanza a decir más. Su cara de fémina humana se disipa y deja a la vista algo diferente, un rostro demacrado con ojos muy grises, un cabello fino y desigual que se extiende por sus brazos, demasiado largos. Los labios, finos y delicados intentan continuar, pero alguien grita.

—¡¡AAAAAARRRRRGGGGG, es un atentado, armas biológicas!! Lo escuché en las noticias. Los portadores son manipulados genéticamente y suelen tener extraño aspecto. ¡SON LOS RUSOS!

Hace poco que se ha aprobado la ley por la que todos los civiles de la tierra pueden ir armados, debido a la guerra que se descontroló. Suena un estampido y se hace el silencio. Sazywepy cae al suelo, de pronto un dolor quemante le invade el cuerpo entero. Solo tiene tiempo para apretar su teletransportador y desaparecer. La sala se queda un buen rato en silencio. El estado de shock de las mujeres durará muchos días.

Entre los suyos, Sazywepi se repuso gracias a la Gran Estrella. Sus mayores decidieron que nada se podía hacer por los humanos y todas sus riquezas planetarias. Y pusieron rumbo al hogar, ya habían estado demasiado tiempo fuera.

No consiguió embarcar a la pareja de gatos, por lo que hoy los ve en videos de Youtube.

Mercedes Pérez Domínguez

AHORA SÉ QUIÉN SOY

Junio, mediodía, primeros calores. Mi madre volvía a casa por el descampado. Hacía un sol de justicia. El ciego astro se estrellaba contra su cabeza descubierta. Como si estuviera en un horno, el calor la rodeaba, salía del suelo, reverberaba en el asfalto, rebotaba en el vacío de un mediodía sin sombra. Un paso más, un paso más, cada vez más lento, parecía que las casas se alejaban de esa carretera ardiente. No había ni un alma, no pasaba un coche por el abrasado páramo de las tres de la tarde. No podía más, se iba a desmayar en el medio de la nada, sin nadie que la socorriera.

No llegó a caer, algo la sujetó antes de llegar al suelo. Un abrazo fresco que le reconfortaba. Abrió los ojos y vio a lo lejos un aro de luz verdosa, como si el sol hubiera hecho renacer la hierba abrasada. Notó en sus labios un beso de agua, un beso fresco que le hizo perder la consciencia y revivir a la vez. Un fuego helado corría por su cuerpo y un deseo como no había sentido nunca antes le hizo temblar. Había algo a su lado que no podía ver, lo sentía dentro, calmaba su deseo, la inundaba de placer.

Mi padre, al ver que tardaba, salió a buscarla con el coche. La encontró tirada en mitad de la nada, como una muñeca rota. Pero lo que más le asustó fue su cara, una sonrisa de felicidad bailaba en sus labios y sus ojos abiertos tenían un extraño tono verdoso, deslumbrante. No respondía, no hablaba, solo miraba al infinito con un brillo irreal.

La llevó corriendo a urgencias. Le hicieron todo tipo de pruebas. «Su mujer está embarazada», le dijo la doctora a mi padre. «Eso y el calor han provocado el desmayo». Con tiempo y mimos se fue recuperando. Le volvió el habla y se le fue apagando el brillo verde de los ojos. No contó nada. ¿Para qué?, nadie la iba a creer. Pero a veces, cuando nadie la miraba, abrazaba su barriga y la habitación brillaba con destellos de color esmeralda.

Nueve meses después de aquello nací yo, un niño gordito y sanote. Mi madre preguntó si era verde. Nadie lo entendió, delirios de primeriza.

Siempre me he sentido diferente, y no solo porque soy el único de la familia que tiene los ojos verdes: puedo escribir con las dos manos a la vez, oír crecer la hierba, mantener la piel fría bajo el ardiente sol de verano y ver perfectamente en las noches sin luna. Y luego están las cosas que entreno cuando nadie me ve: muevo los objetos sin tocarlos, floto como si estuvieran en el espacio y ahora estoy aprendiendo a desaparecer.

Mi madre me vigila siempre. Por eso el otro día me pilló practicando la desaparición. Gritó tanto que me asusté, tuve que volver deprisa y corriendo y la cabeza me quedó al revés. Ella me la colocó con mucha calma mientras me contaba esta historia.

Ahora sé quién soy.

Belén Gómez

ÉBER

La tarde se presentaba fresca y ya era hora de sacar a Cleopatra al *pipican*. Le gustaban los nombres inusuales e incluso había pensado ponerle Vladimir si hubiera sido macho, pero la historia de drama con suicidio y serpiente le llamaba más la atención que los empalamientos de un señor cejudo. Al cerrar la puerta de casa revisó el buzón y no encontró facturas, pero alguien había metido un pequeño artefacto plateado muy brillante en el compartimento pintado de negro que llevaba su nombre. Lo observó un instante, pero al sentir el tirón de Cleo hacia el portal, decidió guardarlo en el bolsillo interior de su sudadera y pasaron hasta que el cielo comenzó a teñirse de un rosa y naranja brillantes. De vuelta a casa, empezó a sentir una vibración en el bolsillo; llevando la mano al interior se dio cuenta de que no era su móvil, sino la bola que había encontrado en el buzón. Se apresuró en regresar para ponerla encima de la mesa y observar cómo, además de vibrar, emitía una luz que se intensificaba sin cegarla. Cleo se arrinconó en una esquina y ella se apartó del artefacto temiendo que fuera algo peligroso. La pequeña bola le recordaba a unos *Ooparts* en forma de esfera que había visto en una revista, con varias ranuras paralelas en el ecuador de la misma y que alguien encontró en Sudáfrica. De repente, la esfera se separó en dos partes, el resplandor ocupó toda la estancia y empezó a materializarse un ser que transmitía más paz que terror, aunque el miedo a lo desconocido siempre está presente en las emociones humanas de una forma u otra.

—*Me llamo Éber y vengo a proponerte una misión. Debes impedir algo que está a punto de producirse. En mi mundo somos capaces de adelantarnos a vuestro futuro cercano y hay una persona, justo en este edificio, que piensa dejar calva a toda la ciudad mediante la venta de un perfume que al aplicarse deja a las personas en su estado de somnolencia y al despertar han perdido todo el pelo. Lo único que debes hacer es entrar en su casa y cambiar la fórmula añadiéndole zumo de limón. Como ves, es algo sencillo.*

—No tengo palabras.

—*Tómate tu tiempo.*

—¿Y cómo invado su propiedad? Espero que no me estés engañando y el que quiere dejar calva a la gente seas tú, eres el único calvo que ha entrado hoy al edificio...

—*Una inteligencia lumínica superior, en un 90%, siempre es de carácter bondadoso y mi pueblo es una raza sin vellosidades, no te preocupes, no estoy acomplexado, me gusta mi cabeza grande y mi lunar cósmico, como vuestros bindis hindúes, aunque el mío es orgánico.*

—De acuerdo, te ayudaré. Además, tengo limones enormes del árbol que tiene mi madre en su casa y no me apetece perder la melena, aunque sea un tostón teñirme las canas una vez al mes. No me gustan las peluquerías, se pierde toda la tarde mientras esperas... te lavan...

—*¿Vamos al lío? Exprime esos limones y yo te teletransporto a su casa, que ahora no está.*

Tras verter el zumo en una botella vacía, en un instante se encontraban en el último piso, envueltos en una especie de plasma violeta que desapareció al completarse la materialización.

— ¡Es el tipo del ático! ¡Sabía que ese peinado sólo podía ser un peluquín del chino!

Ángela Sayago

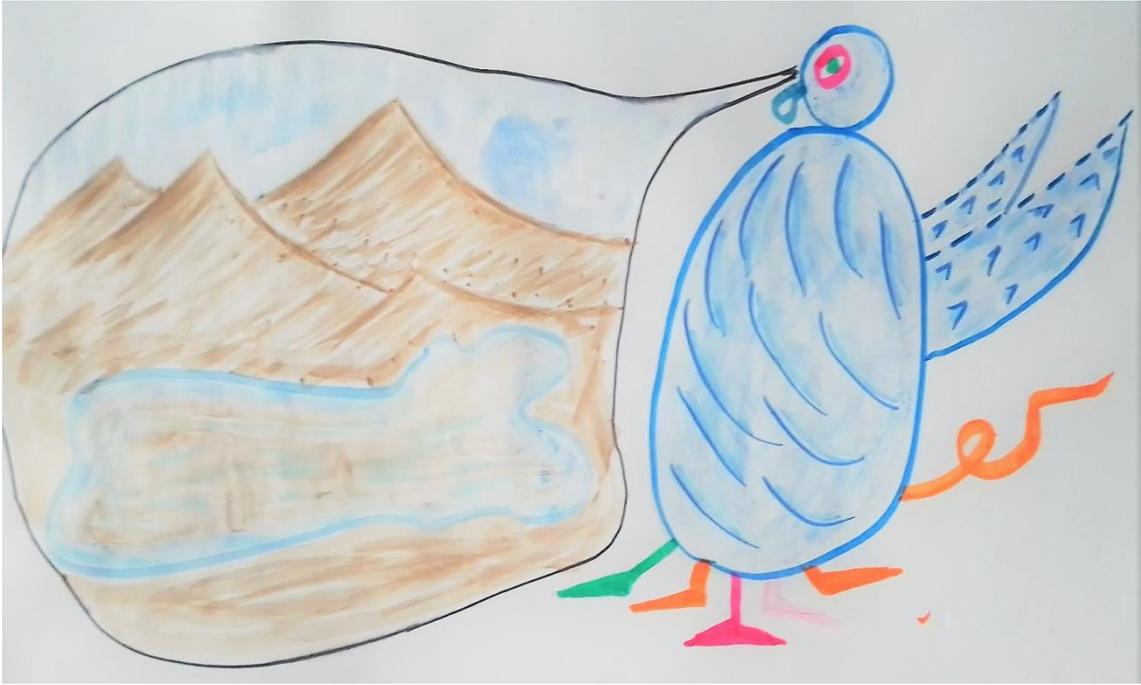


Ilustración de Ana María Torrecilla Casitas

EL ÚLTIMO ÁNGEL

Cuando el último ángel vino a advertirnos de la hecatombe que se cernía sobre nuestras cabezas, solo supimos ver en sus palabras el eco del odio y de la envidia. Quién era él para amenazarnos en estos tiempos de prosperidad y abundancia.

Las autoridades militares obedecieron las órdenes y le detuvieron antes de que su discurso inundara los medios de comunicación y extendiera el miedo entre los ciudadanos de bien. Naturalmente, no podíamos arriesgarnos a que el mensaje envenenado sembrara las dudas en quienes habían depositado su confianza ciega en nosotros.

No hubo juicio, pues las leyes estaban escritas para los seres humanos y no para alados terribles venidos de otros mundos. Se le torturó con saña, bajo el pretexto de la realización de estudios complejos para la ciencia. Murió retorcido de dolor, entre gritos de agonía y con el cuerpo cubierto de laceraciones. Después, su cadáver fue troceado, como si se tratara de una res. Tan solo sus alas se guardaron enteras porque al Presidente se le había antojado disecarlas para que formaran parte de su imponente colección de trofeos de caza. Echamos la tierra suficiente sobre el asunto para que no trascendiera. Tuvimos que sellar algunas bocas con billetes y otras con balas.

Esto sucedió hace unos meses. Esta mañana el cielo ha amanecido cubierto de ceniza y el eco de trompetas nos ha golpeado en los oídos. Me temo que, una vez más, nos hemos equivocado.

Víctor M. Jiménez Andrada

LA ADVERTENCIA

Aquella mañana, aún tumbada sobre la cama, Lorena despierta entre sueños por un extraño ruido que procede de detrás de la pared. El fino tabique hace eco de unos minúsculos zapatos que a toda prisa corren para alcanzar la ventana. La joven apoya la oreja para oír con más detenimiento, pero no escucha nada, solo el silencio. Piensa para sí misma que aún está soñando.

A duras penas se reincorpora y apoya la almohada sobre la pared, abre su pequeño bolso y saca de él la hierba que compró el día antes a medias con sus amigas, su misión es mantenerla a salvo para gastarla por la noche, pero sin darle mucha importancia se hizo un cigarro.

Calada tras calada el humo impregna toda la habitación, el olor la embriaga en aquella niebla espesa que respira con cara de felicidad. Por un momento abre los ojos y le parece ver unos pequeños destellos justo delante de su cara, ella esboza una sonrisa chistosa e intenta tocar las luces con el dedo, pero siente un fuerte pinchazo.

— ¡VAYA! ¡Qué buena es esta hierba, qué real se siente todo!—expresa sorprendida.

Las pequeñas chispas van en aumento, poco a poco se dibuja una pequeña figura entre el humo y los destellos. Lorena fija la mirada hasta visualizar un pequeño ser vestido con un amplio sombrero y grandes botas, las enormes orejas puntiagudas sobresalen de su cabeza junto con una enorme nariz que no le armonizaba el rostro. La joven no sale de su asombro y al verle con claridad suelta una amplia carcajada mientras le señala con el dedo gritando lo feo que es. El pequeño ser murmura con voz seca:

— ¡No estoy aquí para que me juzgues!— y prosigue su discurso advirtiéndola que no debe salir esa noche o algo terrible sucederá.

Al terminar su comunicado se disipa junto con el humo de la habitación.

La joven no le da mayor importancia, cree que todo está en su imaginación y hace caso omiso al mensaje que el pequeño ser le ha traído.

La calle *Recomendación* es el lugar donde se reúnen para ir de fiesta y esa noche no cabe ni un alma más. Lorena se encuentra junto a sus amigas y estas le piden que saque la hierba que compraron el día anterior, la joven se queda muda, ya que hace tan solo unas horas había acabado con todo el surtido.

Las tres jóvenes comienzan a discutir y enfadadas sus amigas se marchan en el coche de una de ellas, dejándola allí en medio de la multitud.

Lorena recuerda las palabras del duendecillo que se le apreció por la mañana advirtiéndole de su error de gastar la compra de las tres en ella e irse de fiesta con tacón de aguja para volver a casa. La joven mantiene una cosa en sus pensamientos, las cómodas zapatillas de deporte que utiliza cada día.

Asun Aroca

EL SILLÓN DE LA ABUELA

Su civilización estaba en un punto de desarrollo inimaginable para nosotros. Aquellos seres amarillos eran un poco más bajos que los humanos. El cabello lo llevaban muy largo y liso, poseedores de una belleza exuberante y un porte impecable. Sus caras, pentagonales, lucían una cicatriz rectangular en la frente que parecía una cajita.

El sillón de terciopelo granate que heredé de mi abuela era mi preferido para leer. Un ruido en el jardín me interrumpió. No hice caso pero, a los pocos minutos, noté una presencia, escuché mi nombre, me asusté, salí al jardín y entonces los vi.

La líder del grupo iba en primer lugar. Se acercó a mí y de repente se abrió la cajita de su frente. De ella salieron tres enormes ojos que se aproximaban a mi cara dejándome paralizada, incapaz de articular palabra. Sentí una extraña sensación, como descargas eléctricas en mi cerebro. El mensaje era aterrador:

—A vuestro mundo le queda muy poquito. Pésima gestión de los recursos, despilfarrados alegremente durante años, grandes plagas, enfermedades desconocidas, guerras, todo eso es lo que aniquilará a toda la humanidad. Una muerte muy lenta, agónica, de la que nadie podrá escapar— argumentaba y su “maravilloso mundo” parecía la panacea de todos los males.

—Si vienes conmigo estarás a salvo—, me susurró.

No lo pensé, subí a la nave y marché para un mundo desconocido pero mejor, al menos eso creía yo.

Toni García

LA RULETA

La tormenta lleva horas campando. Lucía no se separa de la ventana, los relámpagos tienden a atraer la vista y contemplar con qué fuerza se retuercen para entrar en la tierra. Un estruendo retumba y la ventana se abre de par en par. El jarrón que está en la mesa cae al suelo. Lucía recoge el ramo, y uno de los pétalos se niega a entrar en su mano. En ese momento le mira y su sorpresa es ver una fisonomía reluciente que le contempla. Una faz risueña. Y al chocar sus miradas, sonrío y, alzando la voz, le dice:

—No temas, he venido a ayudarte antes que una persona que vendrá esta noche a verte. ¿Sabes que tu futuro esposo es adicto al juego? Cuando venga, síguele la corriente y, entre tanto, me pones en el bolsillo de la blusa. Y, cuando te avise, medita, pero nunca le des lo que pide. Con mi tos te estaré diciendo que no aceptes lo que propone. En ese instante se oyen unos golpes en la entrada. Al abrir ve a su prometido:

— ¿Qué haces a estas horas en la calle?, ¡con la noche que está!

Y en la oscuridad ve cómo figuras inhumanas bailan sorteando los rayos, extendiendo sus brazos y queriendo alcanzar su cuerpo. Horrorizada oye a los espectros que, momentos después, arañan la puerta.

—No temas, mientras esté aquí no se atreverán a entrar. He venido a pedirte que te cases conmigo. Mira, para llevar todo bien, me entregas las escrituras de la casa y, mañana, las pongo a mi nombre.

Lucía, se desvanece al oír el nombre de la escritura y le dice:

—Álvaro, esta mañana ha estado mi hermana en casa y se las ha llevado al notario. Cuando se arregle el asunto te llamaré.

Álvaro, enfurecido, da unos golpes en la mesa Sin decir palabra se marcha. Lucía al verlo caminar contempla la sombra de tristeza que le deja grabada en su pensamiento, y decide ir a ver la silueta que vio en el pasillo. Baja al sótano y al llegar ve a su hermana sentada en el sillón favorito de la abuela, acompañada de las figuras que vio en la calle, está tan sorprendida que no sabe qué decir.

Y echa mano al bolsillo, y al coger el pétalo, una aureola de estrellas y nubes la envuelven alrededor, y se va formando una figura de mujer vestida de negro, y al fondo se oye una música que recorre la estancia para su deleite. La quinta sinfonía de Beethoven. En ese instante la mujer de negro le tiende la mano invitándola a subir al carruaje que se había formado del sillón, transformándose en una caracola con asientos y ventanales para contemplar los lugares por donde pasarán. Y oye a su hermana decir:

— Mira, hermana, te propongo que esta noche nos sentemos en el sillón, ¡como cuando éramos niñas!, pero esta vez, volaremos de verdad, siéntate aquí.

Y, en medio, la mujer que termina de hacer su aparición, dice

— Esta vez iremos lejos y no quedaremos un rincón de la tierra sin contemplar, recorreremos el mundo, ¡sin prisa!, que el tiempo es todo nuestro y, ¡nadie nos espera!

Joaquina Campón



Ilustración de Pablo Masa

UN SUSTO DE MUERTE

No todos notan que los puentes dorados que tienden hacia su jubilación, la mayoría de las veces, conducen a una vía muerta, donde el movimiento y la velocidad dependerán siempre del tráfico de la vía principal.

Alguien, como Amador, sale de vez en cuando de ese apartadero y viaja a la búsqueda del tiempo perdido, está de muy buen ver para su edad, se ha jodido la cuarta parte de su pensión máxima anual en unos implantes dentales pero no le importa, ahí hay material duradero para cinco siglos, su sonrisa en la costa hará estragos, y sobre todo en la pista, al anochecer, bailando *Los pajaritos*. En las puestas de sol disfruta, junto a una admiradora y practicante de lo postizo, de una mezcla de colores que ella interpreta mirando el horizonte. Amador, que tuvo sus cosas, reparte miradas entre esos ocasos y el canalillo que divide la turgencia de sus tetos. El segundo daiquiri lo hace todo más confuso y prometedor a la vez.

A la vuelta de su espejismo tiene malas noticias de gente cercana. La madre de su íntimo amigo y otro colega fallecieron a la vez. Pero él no se amilana y el mismo día que esos cadáveres son reducidos a cenizas encuentra algo de equilibrio en un ordenado vivero de plantas, arrampla con dos jazmines chinos, un plumbago lila y una buganvilla. Más tarde se ve envuelto en un sofrito que, tras su pochado, espera las judías blancas ahítas de su remojo nocturno, da un trago de rabia a su copa de vino y se pregunta si eso es estar vivo.

Muy tocado y enredando en su armario de tres cuerpos reparó en aquel muñeco de madera, arrinconado entre ropa de abrigo, llevaba con él nada más y nada menos que sesenta años. Recordó su infancia y esos inviernos gélidos, su gorra con orejeras para evitar los molestos sabañones, totalmente arrecido y temeroso, sobre todo, de aquel viento que mecía el gigantesco eucalipto al lado de su casa, sus raíces iban comiendo el terreno a su alrededor, por su altura se temía lo peor viendo como se cimbreaba y el ruido infernal entre sus hojas. No tardaron en cortarlo por su pie y allí quedó como recuerdo su tocón y todas aquellas amenazas despejadas. De un pequeño trozo de aquella madera un artero Gepetto local le hizo esa delicada réplica.

Tomó el títere entre sus manos advirtiendo cierta animación, sí, quería hablarle, se lo acercó a su oído y escuchó unas palabras, el muñeco tornó a su estado repetido durante seis décadas. Amador, al escuchar aquella terrible noticia, no podía creerlo— ¿por qué ahora?—se decía— ¿yo también?

Tenía que hacer algo y no sabía qué, simplemente deambulaba desnortado, pero de pronto una corazonada le impulsó raudo hacia su vetusto armario, allí reposaba aquel ser fantástico y esta vez, sin tocarlo siquiera notó, para su tranquilidad, una pequeña diferencia en él: le había crecido su nariz.

José A. García Feria

LA RUTA DEL GATO CON BOTAS

Sabía que en vísperas de una boda, las novias podían sentirse nerviosas y emotivas. Pero nunca había oído que tuvieran regresiones a su infancia. Por eso, le provocaba cierto temor contarle a Martín el sueño que la había asaltado, noche tras noche, la última semana. El primer día hubiera jurado que no estaba dormida. Había escuchado un maullido en la terraza, se había asomado y había visto a un enorme gato, tocado con un sombrero, ataviado como un mosquetero, que portaba en el cinto una pequeña espada. En la mirada del gato había una expresión triste, casi humana. En los días posteriores, el gato aparecía en sus sueños, le indicaba que le siguiera y le conducía siempre al mismo lugar. Era una casa adosada a la muralla que rodeaba la parte antigua de la ciudad en la que vivía. Cuando llegaba allí, el gato desaparecía y ella se despertaba agitada y sudorosa.

Tal vez por eso, aquel domingo por la mañana en el que no consiguió encontrar a Michi, su gato doméstico, supo perfectamente dónde dirigirse a buscarlo.

Según se iba acercando al lugar que aparecía en sus sueños, la idea le parecía más y más absurda. Al llegar se sorprendió encontrar la misma puerta metálica pintada de blanco que veía noche tras noche. Llamó al timbre, pero la puerta estaba abierta y en el zaguán había una señora mayor desayunando con Michi enroscado en sus pies, sin asomo de temor. El gato salió muy contento a recibirla tumbándose panza arriba sobre las baldosas de terrazo.

María estaba confusa, el gato estaba allí, como ella sospechaba, a pesar de que era la primera vez que se escapaba de casa y de que vivían a dos kilómetros de allí.

La anciana la invitó a sentarse. El salón parecía suspendido en el tiempo, con su enorme televisión de tubo y aquel mueble bar, decorado con todo tipo de *suvenires*, postales y fotos de familia. Cuando se fijó en ellas sintió que un sudor frío recorría su espalda. En muchas de ellas pudo reconocer a Martín. En algunas sonreía, muy joven, el día de su boda, con una chica peinada con uno de aquellos cardados, típicos de los años noventa. En otras se le veía posando, junto a dos niños que jugaban en la playa o hacían la comunión. María no pudo evitar recordar que su vestido de novia colgaba de la puerta del armario, tras los últimos arreglos que le había hecho la modista.

—Me suena mucho la cara de este chico— le dijo a aquella mujer, que la contemplaba divertida.

—Es Rafa, mi yerno. El marido de mi hija pequeña, viven en Trujillo.

—Quiere decir, —preguntó intentando contener el aliento, —que es el ex marido de su hija. ¿Verdad?— preguntó María, en tono compasivo, pensando que, tal vez, la señora ya tenía problemas de memoria.

—¡No!!— dijo la anciana divertida —La separada es la otra. A mi Marisa las cosas le han salido muy bien y los chicos muy estudiosos— Mientras decía esto, sacaba una foto de un sobre. —Mira, —le dijo orgullosa— aquí están los dos con la mayor. Que se graduó el sábado pasado.

Efectivamente, María pudo constatar que allí estaba Martín, su Martín, posando con orgullo, con la camisa azul que ella misma le había comprado el mes anterior. Junto a él, una mujer entrada en carnes y una joven, con un vestido muy peliculero, adornado con una beca de color verde.

Margarita Gozalo

FEBRERO DE 2020

Hace cuatro años que compré y vivo en esta casa. Nunca me gustó el color de las puertas que eligió la constructora. Tal sería mi obsesión que todas las noches, durante esos cuatro años, aparecía en mis sueños un duendecillo que agarraba mi mano y me llevaba hasta la cocina. Allí, con su dedo índice, me señalaba el marco de la puerta mientras hablaba en un idioma para mí desconocido. Bueno, no estoy segura de que fuera un idioma. Era como un galimatías de sonidos guturales agudos que taladraban mis oídos. Inducida por este sueño, todos los días hacía un repaso visual del marco señalado por el duendecillo sin ver nada que llamara mi atención.

Pasado este tiempo decidí que ya había llegado el momento de llevar a cabo el cambio de pintura. Contraté a unos operarios que enseguida se pusieron manos a la obra. Llegaron por la tarde, desmontaron todas las puertas y quitaron las jambas y los tapajuntas de los marcos para llevárselas al taller y proceder al lacado en el color blanco roto, elegido por mí. Esa noche, el duendecillo de mis sueños me agarró con más fuerza la mano y me llevó de nuevo a señalarme el marco de la puerta de la cocina. Esta vez su perorata fue más insistente y atronadora. Al despertarme en la mañana recordé el sueño y fui hacia la cocina. Miré con curiosidad el marco de obra que ahora estaba allí desnudo, desprotegido de la madera que le cubría. Acerqué más mis ojos a una parte del marco oscurecida por la sombra que daban los focos de luz y, para mi sorpresa, encontré un papel pegado envejecido por el paso del tiempo. En él, escrito con una caligrafía perfecta, podía leerse el siguiente mensaje:

«Cuidado con los virus malignos que vendrán por el aire. Habrá días de encierro y de incertidumbre. Miles de enfermos inundarán los hospitales. La muerte azotará la vida»

María J. Llanos

CECAELIA

Te lo dije, no una vez. Te lo dije mil veces y tú, asintiendo con la cabeza, dando la impresión de que me escuchabas cuando, en realidad, ni siquiera estabas prestándome la más mínima atención. Siempre es así pero ya mi paciencia ha llegado al límite. Seguramente estarás pensando: “*tú sigue, sigue, analiza, analiza, que quién mucho analiza, mal fuego atiza*”, con esa maldita manía que tienes de hablar con refranes. ¡Pero ya me da exactamente igual! Y, ¿sabes una cosa?, pues que yo también sé expresarme con máximas, aforismos, proverbios y sentencias y, por eso, te voy a hablar con precisión y claridad y quiero que me escuches, aunque pienses que en este mundo, al que habla claro, todo le sale turbio. Esta carretera por donde te has empeñado en venir es muy peligrosa. Y, encima, es de noche. Demasiado bien conoces la leyenda de la Niña de la Curva. Esa especie de aparición sobrenatural, ese espíritu que se aparece a las personas por estas carreteras tortuosas. Hay un trayecto alternativo, pero no, según tú haríamos más kilómetros. ¡Tú verás, cinco kilómetros más! ¡Menudo cansancio por conducirlos! ¡Ojala aparezca la chiflada esa de la curva y te lleve con ella definitivamente y a mí me deje tranquilita de una vez por todas!

Y dicho esto y en ese mismo momento, una sombra blanca y espectral apareció en medio de la carretera. El conductor dio un enorme frenazo quedando deslumbrado con la contemplación de una hermosa mujer rubia, moviéndose sinuosamente y con gran agilidad en una especie de danza. Su hermoso cuerpo estaba cubierto por un largo y plateado vestido que la cubría por completo. Esta se aproximó hacia el coche pero, al hacerlo, sus movimientos torpes y pesados quedaron en evidencia no sus piernas, sino ocho poderosos tentáculos de color rosa y morado, con los que podía conseguir una enorme fuerza y agilidad. ¡Era una cecaelia! Un ser marino, que a temporadas reside fuera del mar y cuya parte superior es similar a una mujer y la inferior a la de un pulpo.

Miró fijamente a los dos y sujetando en el aire al coche y a sus ocupantes con sus tentáculos, dijo:

—Tu mujer tenía razón, nunca debiste venir por esta carretera. Y, seguidamente, con furia, los arrojó hacia el precipicio.

Blanca Fajardo



**Ilustración de José Delgado
Homenaje a E.T. por su 40 cumpleaños**

EL DOSIER

«Parece que va a llover». Este era el título del dossier que me entregó aquel extraño, una persona distinta a lo que estábamos acostumbrados a ver. De gran estatura, su cabeza sobresalía de entre la multitud y más que caminar levitaba, sustentado en el aire por una fuerza invisible. Su piel blanca, casi transparente y su pelo de color rubio, tan claro que parecía blanco, eran de lo más alejado al color moreno de pelo y piel que teníamos en mi aldea. Vestía un atuendo ceñido al cuerpo, de color claro brillante con destellos metálicos. Aun así pasaba desapercibido. Poseía una capacidad extraordinaria de infundir calma en cuantos se encontraban cerca. Por eso no sentí temor cuando se dirigió a mí por mi nombre y estuve calmado mientras me entregaba el dossier y me explicaba por qué me habían elegido, por qué a mi familia. Todo se explicaba en el manuscrito.

«Parece que va a llover» contenía los motivos por los que aquel castigo caería sobre la Tierra, la imposibilidad de detenerlo, otras alternativas que se habían barajado y por qué se descartaron y contenía, también, lo más importante: aquello que salvaría a mi familia y que debía asegurar el inicio de una nueva era. Allí estaban, explicados con todo lujo de detalles, los planos del Arca.

J. C. Santa

SOLEÁ

Ezequiel Pastorino yergue su cuerpo menudo. Así, de repente, hace un silencio y bebe el último sorbo de manzanilla. Mira a Tiburcio Cortés "el Zurdo" que, abrazado a su guitarra como siempre, puntea los últimos trastes de lamentos.

—Vamos con "la solea", Tibu, vamos allá.

El guitarrista le mira serio mientras arpegia con las cuerdas finas.

—Que no, Ezequiel, que te pones muy malo, ya sabes lo que te dijo el médico.

Se oye un ligero murmullo, las mesitas redondas de mármol blanco solo contienen copas alargadas de vino del Sur y los ojos de los bebedores van de Ezequiel y Tiburcio a las formas ovaladas de cristal coloreadas de fino dorado. Algunos "sin alma" del público le animan:

—Hala, Ezequiel, la soleá.

Este se sienta, mira a "el Zurdo" y le dice:

— ¡Vamos allá!

Tibu cierra los ojos y un potente y certero punteo acalla todas las voces.

Ezequiel y Tiburcio hacen una pareja ideal. Uno cierra los ojos y el otro le mira ensimismado. Así siempre.

La mezcla de silencios y notas en las últimas cuerdas indican a Ezequiel, que levanta su cabeza mirando sin mirar.

—Ah, ah, ah... Ay, ay, ay...

Un torrente de voz lamentosa y estremecida inunda el patio maceteado. Los geranios aprueban el llanto sonoro apuntando sus pétalos carmesíes, azulados o rosas hacia los héroes.

—Ah, ah, ah... Ay ay ay... En el camino de Rondaaa...

La Sole es una gitana de tronío. Lleva treinta años con Ezequiel. No tienen hijos, así que se cuidan mutuamente mimándose y queriéndose como solo personas con mucha sangre y mucho corazón pueden hacerlo. La última vez que fueron al Centro de Salud, un médico de aspecto verdoso y con antenas en la frente, le dijo a Ezequiel que tenía la garganta muy delicada y la tensión alta. Le recomendó no esforzarse y cuidar la voz si no quería que le llevara con él para cantar por soleá en su planeta. Desde entonces la Sole y Ezequiel discuten cuando le contratan para algún tablao.

—No sé hacer otra cosa, dice. Que sea lo que Dios quiera.

La Sole intenta impedirlo pero al final Ezequiel le promete no esforzarse y cuidarse.

Tres minutos después de comenzar "La soleá del destierro", como él la llama, Ezequiel toma aire con el brazo doblado y la palma abierta.

—Una gitana de bronceee, Ay, ay, ay...

Se levanta de la silla como un resorte. Se lleva las manos al cuello y cae desplomado sobre el suelo damasquinado de blanco y negro, se vuelve de color verde y desaparece sin dejar rastro.

Ángel Rodríguez García

Y LA TIERRA VOLVERÁ A SER AZUL

En el lavabo, con la crema de dientes en el cepillo, me detengo un momento cuando escucho un leve sonido, casi inaudible procedente del desagüe. Tras un instante de quietud, por el agujero veo que tres minúsculos ojos se asoman y me miran con piedad.

— ¡Vais a morir de hambre, os van a dejar sin cereales! —me dice el extraño pequeño ser.

Callada, sin respirar, con el dentífrico temblando en el cepillo y los ojos como platos, sigo mirando al diminuto individuo que tras un ratillo de esfuerzo ha logrado salir del agujero y ahora descansa sentado en su borde, con las diminutas piernas metidas en el pozo.

Con un tono de voz parecido al chillido de una rata, consigo decirle:

— ¿Quién eres? ¿Puedo saber qué haces aquí?

Con el mismo tono de voz que el mío y a modo de buen imitador, me pregunta:

— ¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí?

—Yo estoy en mi casa, vivo aquí —le respondo ya con una voz menos chirriante.

Él me cuenta, con una voz más tranquilizadora, que viene de otro sistema interplanetario, que con tanta contaminación electromagnética y tanta basura espacial que tenemos le ha costado llegar a la Tierra, que desde su astro siempre se ha visto azul y ahora parece una chatarrería voladora.

Me comenta que, con tanto ruido espacial y tanto satélite emitiendo señales, es muy difícil escuchar las necesidades que tenemos pero que entre tanta barahúnda, se ha oído en toda la galaxia un grito que decía: “NO A LA GUERRA” y mientras esto ocurría, toda la Tierra miraba a un ser con cuerpo de humano, pero sin emociones, sórdido, frío, soberbio y sin piedad, que se quiere adueñar del planeta pero para ello lo está destruyendo ¿? ¡Un ser patológico! No se puede ser más mezquino.

—Yo, —me dice, —y mis veinticinco mil hermanos, hemos aterrizado en este seco, verde, frío, calentito, bonito y diverso planeta en busca de ese ser, pero creo que hemos llegado tarde.

Me mira triste, mudo y se deja caer por el desagüe.

Casi no tiene tiempo de desaparecer cuando a lo lejos se oye una explosión. La guerra ya está aquí. Y al instante empiezan a sonar las bombas y misiles hasta que, por fin, llega un silencio ensordecedor. Los satélites dejan de emitir señales, caen los restos a la tierra ya destrozada por las bombas y los cereales, almacenados, saltan por los aires, en busca de una nueva tierra fértil.

El cosmos pronto se olvida de aquellos seres destructivos llamados humanos y reaparece como un universo tranquilo.

Y el planeta Tierra pronto retorna a ser azul y los cereales vuelven a crecer.

Vivi Perales

SIN REMEDIO

Hoy, en clase, la profe nos ha mandado una redacción, no sé cómo voy a empezar, aunque me acabo de enterar que va a venir David Copperfield, un gran mago. Una vez lo vi en la tele. Me encantó su magia, es maravillosa.

Todos estamos revolucionados, es algo muy importante en la ciudad, todo se está preparando para el gran evento del siglo. Lo será, eso seguro. Mientras tanto yo sigo en clase, qué peñazo, ojalá todo desapareciera.

Una semana después está todo engalanado, precioso y limpio, parece que estoy en otra ciudad.

Llega en un impresionante helicóptero, si es un gran mago por qué no ha aparecido de repente, hace desaparecer cosas y ¿él no puede aparecer dónde quiere? Pues vaya mago ¿no? La gente se va sentado en sus asientos, ríen y hablan sin parar, vaya cotorras.

Todo va sobre ruedas. Mientras tanto voy tomando notas para la redacción de clase. En un momento de la actuación hay un problema, él cierra los ojos y se concentra, dice que algo no va bien en mi ciudad, que deberíamos irnos todos de allí y nos da dos días para abandonarlo todo, se ha vuelto loco. De un momento a otro cambia el paisaje, todo se vuelve oscuro, es como si estuviéramos al lado de las estrellas, pero eso es imposible.

El helicóptero cambia, se hace una nave espacial. Esto es un sueño, no pasa nada, tranquilo, ya verás lo que nos vamos a reír mañana en clase.

De golpe, todos los bailarines, todos los que acompañan a David se transforman, esto no va bien, pienso en silencio. ¿Y si tuviera razón?

Hay un gran revuelo, todo el mundo chilla y corre, destrozan el escenario, el atrezzo. Es horrible, mi cabeza me dice que es todo un sueño, que no pasa nada, pero me pellizco y me duele.

La gente se encierra en sus casas y se escucha el altavoz de “David”. Dice que lo pagaremos muy caro y nos da una semana más para remediarlo, qué chulada de redacción, seguro que me ponen un diez.

Toda la ciudad está reunida en la plaza, hoy termina el plazo y no sé si seguiremos hacia delante. Durante esta última semana hemos visto por la tele lo mismo que nos pasó a nosotros, tenemos miedo, de repente algo suena en el cielo, se aproxima una inmensa bola roja de fuego y algo o alguien desde algún lugar nos grita:

— ¡No habéis hecho nada para remediarlo, la humanidad no merece ninguna prórroga!

María Durán